

EL LIBRO DE LOS BOLSILLOS

Colección Micra

Gonzalo Maier

El libro de los bolsillos

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2016 Gonzalo Maier

© 2016 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2016

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: Pepe Far a partir de una ilustración
de © Charles Leon/Vecteezy.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-945348-0-5
Depósito legal: B-8.695-2016

Printed in Spain

Para Paz Oliver

Una vez empecé a escribir un libro de poemas que trataba solamente de las cosas que encontré en mi bolsillo. Pero iba a ser demasiado largo y los poemas épicos están pasados de moda.

G. K. CHESTERTON

PEINETA

Don Víctor era el galán del barrio. Trabajaba en La Selva, el pequeño almacén que estaba a dos o tres cuadras de casa, y llevaba siempre un delantal azul y un bigote muy tupido. De lunes a viernes sacaba el arroz de los estantes, echaba el pan en las bolsas, pesaba las papas en una romana que colgaba del techo y hasta nos resumía con pasión las penurias del Everton, pero su fama, al menos para los niños que vivían por ahí cerca, se debía a esa peineta coqueta que exhibía día tras día en el bolsillo superior de su delantal. Tenía dientes delgados y filudos, que él no dudaba en pasar con seguridad por su pelo, echando para atrás su melena oscura, domándola. Eso hacían los galanes, sin duda.

Y durante un Año Nuevo lo comprobamos. En la casa que estaba al lado del almacén organizaron una fiesta tan grande que, con sus mesas y serpentinas, se extendió por buena parte de la vereda. En general, las que estaban ahí eran caras conocidas, que daban vueltas por el barrio durante las tardes, pero esa noche las veíamos con cierto morbo, como si las fiestas y los trajes de gala supusieran algo adulto y extraordinario. Apenas llegamos a la esquina, decía, lo vimos en el centro de la calle. Llevaba la camisa tan bien metida en los pantalones que los pelos del pecho escapaban envalentonados hacia arriba por culpa de la presión. Sus mocasines cafés resplandecían y Don Víctor bailaba como un semidiós de la cumbia, moviendo las caderas y los brazos al ritmo de Tommy Rey, rodeado por la mirada atenta de todo el barrio, incluso con un círculo de curiosos alrededor suyo, hasta que en un momento luminoso soltó a su pareja, que siguió girando por la pista de

baile, mientras él, entre los abrazos de Año Nuevo y las estrellas brillantes, sacó su pei-
neta del bolsillo de siempre y, sin perder el
ritmo, se arregló la melena ahí, en medio de
la calle, como algún día, pensábamos, nos
tocaría a nosotros.

MAPA DEL TESORO

Al frente estaba el mar y era más o
menos como todos: azul, con un horizonte
chato y tres o cuatro boyas amarillas flotan-
do a lo lejos. Durante ese verano hacía calor
y la gente estaba echada sobre sus toallas,
achicharrada como los gatos nuevos, una
encima de otra, que es lo que hace la gente
cuando va a las playas. Visto con distancia,
era un día más de vacaciones en La Serena
—uno cualquiera, del montón— y para no
desentonar con mi padre estábamos en tra-
je de baño, con la guata al aire y los pies
enterrados en la arena, entremedio de mucha

gente vestida de ese modo tan curioso. Lo único excepcional en toda esa escena, y tal como en las novelas policiales, estaba en los detalles, pues a diferencia del resto, no veníamos a broncearnos ni a jugar a las paletas ni mucho menos a capear olas y nadar mar adentro.

En el bolsillo del traje de baño yo escondía un mapa y estaba dispuesto a usarlo. Tenía nueve o diez años y las novelas de piratas protagonizadas por Sandokán, el terrible marinero que recorría las aguas malayas, me habían agujerado la cabeza, pero eso lo sé ahora, que recién adivino qué tan profundo es el hoyo.

Eran ediciones de segunda o tercera mano, impresas en un papel horrendo, que se deshacía como la ceniza de los cigarrillos. Al menos durante esos años, nadie leyó un Sandokán recién salido de la imprenta. Eso es seguro. Las novelas venían de Buenos Aires o Ciudad de México y en la portada, como para contrarrestar la pre-

cariedad del papel, tenían dibujado un pirata o un barco frente a un arrecife. Eran ilustraciones hermosas, pintadas a todo color, por supuesto, y con títulos que ponían la piel de gallina: *Los misterios de la jungla negra*, *La conquista de un imperio*, *Los tigres de Mompracem*. Hoy no imagino otro modo de leer a Sandokán que con el corazón latiendo muy rápido, echado sobre la cama, sin calcetines, con un vaso de leche con Cola Cao y seducido por un príncipe malasio que lo dejaba todo —mujeres, dinero, seguridad— para luchar contra los ingleses, tan imperialistas ellos, que acababan de invadir Borneo. Esas cosas pasaban a fines del siglo XIX, que es cuando comenzó la saga de once novelas en las que Sandokán —junto al marinero portugués Yáñez de Gomera, al bengalí Tremal-Naik y a su fiel sirviente Kammamuri— se dedicó a hacerle la vida imposible a James Broke, el gobernador impuesto a dedo por la Corona.